

portugués Abrenuncio, que personifica el antidogmatismo, coloca al individuo y la vida por encima de todos los valores y sólo cree en la ciencia y en los saberes si van ligados al sentido común. Abrenuncio es además dueño de la mejor biblioteca de la zona, tanto en libros viejos como en novedades, entre las que se encuentran las susodichas obras completas de Voltaire.

El amor impetuoso, incontenible y virulento del franciscano Delaura, no comienza a perfilarse hasta el final del capítulo tercero. Y la muchacha no le corresponde hasta el siguiente. Sin embargo, pese a que esa historia de amor sea el eje de la trama, el lector no acusa la tardanza, fascinado por el mundo mágico y el deslumbrante desfile de personajes que pululan a la vera de la casa del marqués o en el convento de las clarisas. Y no lo acusa porque queda encandilado y deslumbrado ante el perfecto dominio del lenguaje, ante la poeticidad del mundo narrado, la transparencia de su escritura y el dramatismo de las imágenes<sup>6</sup>.

El maestro colombiano ha vuelto a dar prueba, con un argumento que por su naturaleza se mueve en los aledaños de lo kitsch, de sus extraordinarias cualidades de narrador. A mi juicio, *Del amor y otros demonios* no es su mejor novela —los versos de Garcilaso no convencen como recurso «conquistador»—, pero sí está entre las mejores.

**J. M. López de Abiada**

## Dicho y hecho\*

**A**sistimos a una revitalización inusitada de la literatura del yo, que copan, al unísono, los libros de memo-

rias, las autobiografías y los dietarios. Si nos centramos en estos últimos, en poco más de un año se han reeditado en nuestro país los diarios de Katherine Mansfield, Simone Weil, Iván Bunin, Ernst Jünger o Frida Kahlo —por citar algunos practicantes ilustres—; entre los autóctonos son recientes cultivadores de lo confesional —narcisos de tinta, los denomina, con notable acierto, la profesora Anna Caballé— al menos en fecha de publicación, Josep Pla, José Antonio Muñoz Rojas, Antonio Martínez Sarrión, Zenobia Camprubí, Cansinos-Asséns, José Carlos Llop y Andrés Trapiello.

En las páginas introductorias de esta tercera salida de su diario, que abarca, con grandes saltos temporales, desde septiembre de 1992 hasta agosto de 1995 y que continúa los textos de *Días de 1989* (Oviedo, Biblioteca de Oliver, 1989) y *Colección de días* (Sevilla, Renacimiento, 1993), José Luis García Martín advierte que es un libro escrito en colaboración —el palimpsesto es práctica habitual en la literatura del autor extremeño, para quien la originalidad tiene poco que ver con un valor cotizable en la escritura, una idea refrendada por el diccionario de autoridades que es, por ejemplo, William Shakespeare —y abundan las citas y los préstamos, en ocasiones con el agradecimiento de las comillas o las coordenadas de procedencia y, con frecuencia, como voces anónimas que se integran de facto al placentero discurrir del texto y corroboran lo escrito por García Martín. Así, en la anotación de 4 de octubre de 1992 un discreto Stéphane Mallarmé sugiere en voz baja: «Para qué traficar con lo que acaso no se debe vender, sobre todo cuando no se vende». José Luis García Martín casi repite: «¡Qué fácil es no venderse cuando nadie está interesado en comprarnos!». En las reflexiones del día siguiente es el maestro argentino Jorge

<sup>6</sup> Quizás uno de los mejores ejemplos de ese dramatismo es el referido al momento en que el marqués entrega a su hija a la tonera del convento: «Tomó a la niña de la mano, sin darle tiempo para una despedida, y la pasó por el torno. Como el tobillo le dolía al caminar, la niña se quitó la chinela izquierda. El marqués la vio alejarse, cojeando del pie descalzo, y con la chinela en la mano. Esperó en vano que en un raro instante de piedad se volviera a mirarlo. El último recuerdo que tuvo de ella fue cuando acabó de atravesar la galería del jardín, arrastrando el pie lastimado, y desapareció en el pabellón de las enterradas vivas.» (págs. 84-85)

\* Dicho y hecho, José Luis García Martín, Ed. Renacimiento, Sevilla, 1995.

Luis Borges quien sale al paso y enfatiza con su voz más triste: «he cometido el mayor de los pecados que un hombre puede cometer: no he sido feliz». Parece que García Martín tiene mejor suerte y escribe: «He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer: he sido feliz».

Es un axioma aceptado por todos que la comunicabilidad de un diario proviene de su eclecticismo y de su carácter fragmentario. De ahí que uno de los principios fundamentales del género sea la diversidad temática, la variedad de asuntos en letra pequeña.

Abunda la anotación intimista: la situación de fondo del solitario inmerso en la melancolía del domingo, las compulsiones de alguien súbitamente enamorado, el discurso existencial de quien se observa a sí mismo (muchas veces a la luz de los demás porque encuentra en el comportamiento ajeno un factor de equilibrio que potencia la objetividad y el distanciamiento) y el timbre emocionado que deja una buena lectura, la rememoración de un viaje literario, interior o real, una audición musical, los escenarios de la costumbre, o la reiteración de intrascendentes gestos que la vida diaria ha vuelto imprescindibles.

Otros textos son los pasatiempos a medio terminar del observador que hace sociología en la ciudad de paso, del testigo imprevisto que mira alrededor mientras, paciente, espera el autobús y sortea los empujones de la acera, o la caligrafía del curioso que desentraña títulos de ediciones antiguas, entre los puestos callejeros de un recinto ferial. Son incontables los momentos que hablan de libros adquiridos, subrayando con deleite la absoluta importancia personal que para el autor tiene la lectura.

No podían faltar las obligadas referencias a la renovada Tertulia Oliver, *habitat* natural de García Martín, una tertulia cuajada de buenos poetas, llena de ayudas ministeriales a la creación y con un puñado de estimables títulos en el mercado. De paso, también, algunos chismes de la farándula poética, siempre veniales: los entresijos del Premio Nacional de Literatura, la confección de una antología, las ponencias o encuentros en tal o cual ciudad, las veleidades de un joven autor de éxito, y las murmuraciones en voz baja con editores, poetas y críticos que a estas alturas ignoran los barridos telefóni-

cos del poeta extremeño. Poca cosa para quien tiene fama de conocer los entresijos del oficio como la palma de la mano.

Una cualidad nada desdeñable de esta tercera entrega es la presencia del hombre social. Muchas anotaciones permiten descubrir el peso específico que en el trajín diario tienen las múltiples circunstancias de las que hablaba Ortega, cómo reacciona el autor ante los temas de portada de los telediarios, o qué vibraciones hacen temblar los cimientos del taller literario. Frente a los habituales balones fuera, García Martín formula un posicionamiento político muy claro y no esconde, si vienen a cuento, juicios de valor sobre los pleitos de jueces y políticos, la cerril oposición de turno, o sobre la flagrante manipulación de algunos medios informativos, guiados más por farragosos intereses privados que por la pretendida objetividad de la noticia. En suma, nos parece uno de los aciertos más estimables de las páginas de *Dicho y hecho* que sus textos no se restrinjan a lo literario, sino que manifiesten al unísono la condición dual de hombre y poeta.

De lo que García Martín espera del diario íntimo escribe: «el diario es como el gimnasio en el que hacemos un rato de ejercicio todos los días para mantenernos en forma». Desde esta perspectiva, el método de escritura es barojiano, de bata y zapatillas. La tabla gimnástica es variable, busca el mantenimiento, no la especialización. Se prefiere la alternancia de ritmos a la progresión, el papel de testigo inteligente y perspicaz frente al solitario monologante y pomposo, la economía del aforismo antes que la extensa opinión.

El divertido desorden de asuntos minúsculos que sobrevuela en las páginas del autorretrato permite la participación activa del lector porque da pie a la conjetura, la sospecha, el rechazo o la reivindicación. Sin la abrumadora certeza de un subrayado en la agenda, el diario, pese a la anotación de fecha que dota a lo escrito de un cierto rigor histórico y un aire de fiabilidad, tiene el encanto trivial de lo posible. Sus renglones testimonian un ámbito privado que entrelaza la fruslería y la solmenidad.

**José Luis Morante**

# Un rescate necesario: la poesía lunfardesca

El hecho de que, al parecer, han pasado ya los tiempos de aquella veleidad de ciertos sectores porteños consistente en pretender una *lengua nacional argentina* (la *utopía*, como la denominó Arturo Capdevila en un libro famoso, *Babel y el castellano*), puede determinar la oportunidad y necesidad de otro hecho: precisamente el de rescatar, historiándolo y resumiéndolo adecuadamente, el aporte que significó, no en su pretensión ilusoria sino en sus logros literarios concretos, el habla popular bonaerense. A esta finalidad, limitada a la expresión poética, se dedica el libro que comento<sup>1</sup>.

Si esta poesía es desconocida en España, al menos en su importancia global en cuanto a *tendencia* o *tema*, es hecho o circunstancia que no debe atribuirse especialmente a las deficiencias de relación o de conocimiento que pueda haber habido, o realmente haya, respecto a los productos culturales de España y la Argentina. Sin negar que tales deficiencias puedan haberse dado, y aún quizás se dan (más o menos *justificadas* ahora por la fase *européista* que vivimos), es lo cierto que en la propia Argentina, como señala Luis Ricardo Furlan al comienzo del breve prólogo de este breve libro, también se ha dado hasta tiempo reciente ese desconocimiento o ignorancia respecto a la poesía lunfardesca: «Durante mucho tiempo e inexplicadamente, historias, manuales y antologías de las letras argentinas ignoraron a los autores y testimonios lunfardescos»<sup>2</sup>.

Si bien la obra (con independencia de la parte final, consistente en un *Breve léxico de la rima lunfarda*, tra-

bajo tan laborioso como meritorio) no tiene más división material que la sucesión de los breves capítulos que la componen, está, por su contenido, claramente dispuesta en dos partes: una primera, que podríamos llamar *general*, en la que Furlan se refiere a los antecedentes históricos, sociales y literarios del lunfardo, incluyendo la fase inicial de la poesía lunfarda o anónima; y una segunda parte que correspondientemente podríamos llamar *especial*, y en la cual, en sucesivos capítulos, se nos muestra la poesía lunfardesca, esto es, de autores conocidos, dedicando cada uno de los capítulos a un poeta, salvo el último, titulado «El lunfardo y los poetas del cincuenta», en que se refiere a esa generación o promoción poética, a la que el propio Furlan pertenece. Cada uno de tales capítulos está acompañado de un interesante aparato biobibliográfico, en el que el autor no se limita a dar meras referencias, sino, muchas veces, notas con contenido propio, hasta el punto que podría decirse que la obra contiene dos textos paralelos.

Se preocupa Furlan, desde el principio, de precisar los términos: del mismo modo que ha de distinguirse entre poesía *gaucha* y poesía *gauchesca* (la primera debe entenderse como el folclore poético del gauchó, de carácter anónimo, oral, colectivo, tradicional; mientras que la segunda consiste en la poesía de tema gauchesco, obra de autores conocidos, cuyo paradigma es el *Martín Fierro*, de José Hernández), también hay que distinguir «la poesía lunfarda (del lunfardo o hampón) de la poesía lunfardesca (reelaboraciones). Se trata, en ambos casos, de una constante y latente frecuencia de

<sup>1</sup> Luis Ricardo Furlan: *Esquema de la poesía lunfardesca*. Torres Agüero Editor. Buenos Aires, 1995. L.R.F. (Buenos Aires, 1928) es autor de una obra poética de mérito que se distingue, en cuanto al tratamiento de la palabra, por un alto rigor verbal y un uso depurado de la imagen contemporánea; en cuanto a sus contenidos, por un claro sentido humanista y una atención persistente a los seres y cosas humildes; y en cuanto a los aspectos formales, por una predilección (no exclusiva) por las formas tradicionales y en especial por el soneto. En cuanto especialista lunfardesco, Furlan es académico emérito de la Academia Porteña del Lunfardo y, en relación con esta materia, ha publicado: *La poesía lunfarda*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1977; y Julio S. Canata, un poeta olvidado, Academia Porteña del Lunfardo, Buenos Aires, 1992.

<sup>2</sup> *Esquema de la poesía lunfardesca*, página 9. En adelante, citare, entre paréntesis y dentro del texto, la página o páginas a que correspondan las citas.